

El tabaco y el diablo*

Ryunosuke Akutagawa

Se dice que el mayor truco del diablo fue convencer a los hombres de su inexistencia. Aun cuando esta fama le otorgue un aura de infalibilidad, lo cierto es que el diablo no siempre fue sagaz en sus engaños. Al fin buen timador, muchas son las victorias que se le atribuyen, pero casi nada se dice sobre sus fracasos. De esto se ocupó el escritor japonés Ryunosuke Akutagawa. En su intento por corromper a las nuevas almas convertidas al catolicismo, el diablo aclimató el tabaco en Japón, si bien al hacerlo fue a su vez timado por un angustiado vendedor de vacas cuya alma estaba en riesgo.

Ryunosuke Akutagawa (1892-1927) nació en Tokio y estudió literatura en la Universidad Imperial de esa ciudad. Antes de graduarse publicó *Rashomon* (1915), novela que además de obtener reconocimiento internacional, fue llevada a la pantalla por Akira Kurosawa en 1950. La literatura de Akutagawa se caracterizó por una constante reinterpretación de la tradición y la leyenda orientales. A sus treinta y cinco años se suicidó, después de un largo periodo de depresión. "Probablemente nadie que intente suicidarse está completamente consciente de todos sus motivos —afirma en su nota suicida—, al menos en mi caso se debe a una vaga sensación de ansiedad con respecto a mi futuro."

El presente texto, escrito en el año en que Ryunosuke se graduó, se publicó en nuestra revista en el mes de agosto de 1971 (Universidad de México, volumen XXV, número 12). En épocas de trasplantes y transgénicos, no está de más traer a cuento al diablo y su capacidad de difusión, aclimatación y expansión, no sólo de la fe, sino de occidente mismo.

La planta del tabaco originalmente no existía en tierras del Japón. Entonces, ¿cuándo fue importado? Existen varios documentos acerca del hecho, aunque entre ellos hay discrepancias cronológicas. Algunos dicen que fue importado en la era de Keicho [1596-1614] y otros insisten que fue en la época de Tenmon [1535-1549]. Sin embargo, se dice que ya por la primera década de la era de Keicho, se estaba cultivando en muchas partes. Aun en la era de Bunroku [1592-1594], se puso de moda el fumar tabaco, y hasta apareció una canción que decía: "Las que no funcionan son las leyes del tabaco y de la moneda; lo que no se oye es la voz divina [del Emperador]..."

En cuanto a quién fue el primer importador del tabaco, los historiadores están de acuerdo que fue un español o un portugués. Sin embargo, no es la única respuesta posible. Aparte, hay todavía otra explicación tradicional; según ella, el diablo lo trajo no se sabe de dónde. Y al diablo lo trajo desde tierras lejanas al Japón algún padre cristiano —quizás el padre Francisco Javier—. Si un cristiano oyera esto, me acusaría de sacrilego. Pero según mi opinión es la verdad; porque el Dios occidental llegó al mismo tiempo que el diablo europeo. Afirmando que cuando se importa lo bueno del occidente, viene acompañado del vicio occidental. No puedo asegurar si de veras el diablo trajo el tabaco. Pero según Anatole France, el diablo una vez había tratado de tentar a un sacerdote con la flor de reseda. Ante este hecho, no podemos

afirmar lo de traer el tabaco al Japón como una mera mentira. Aunque si fuera mentira, en algún sentido, tal vez esté muy cerca de ser verdad. Bajo tales consideraciones trataré de transcribir la tradición de la importación del tabaco.

En el año 18 de Tenmon, el diablo, disfrazado como hermano que acompañaba a Francisco Javier,¹ después de un largo viaje por mar, llegó a Japón sin dificultades. ¿Por qué había logrado disfrazarse de hermano? Porque la persona auténtica había desembarcado en el puerto de Macao o donde sea, y el barco negro que cargaba al grupo zarpó para el Japón sin que él lo supiera. El diablo, enrollando su cola al mástil, había espiado al barco, y se convirtió rápidamente en la figura del hermano. Desde luego, empezó a atender al padre Francisco día y noche. Naturalmente, para alguien

* Escrito el 21 de octubre de 1916.
Traducción de Atsuko Tanabe.

como él, que cuando visitó al doctor Fausto se había convertido en un caballero vestido de capa roja, fue un artificio fácil.

No obstante, al llegar al Japón descubrió que la situación era bastante diferente de lo que en Europa había leído en el diario de los viajes de Marco Polo. En primer lugar, según el diario, todo el país era de oro, y él no encontró ningún paisaje como los descritos por Marco Polo. Pero quizás podría tentar a la gente con el oro producido al tocar apenas una de sus uñas. También según Marco Polo, los japoneses podrían revivir a los muertos por medio de la fuerza de la perla; mas todo evidenciaba que eso también era mentira. Si el diablo dispersara falsas epidemias escupiendo en los pozos, la gente se olvidaría del paraíso... El diablo pensó secretamente así y sonrió de contento, caminando detrás del padre Francisco y observando por acá y por allá.

El problema fue que no se le ocurría ninguna buena idea para resolver el hecho de que, puesto que Francisco Javier acababa de llegar al Japón y las actividades misioneras todavía no existían, no había ningún creyente. Por consiguiente, no tenía a quién tentar. Sobre todo, no sabía cómo pasar esa aburrida temporada.

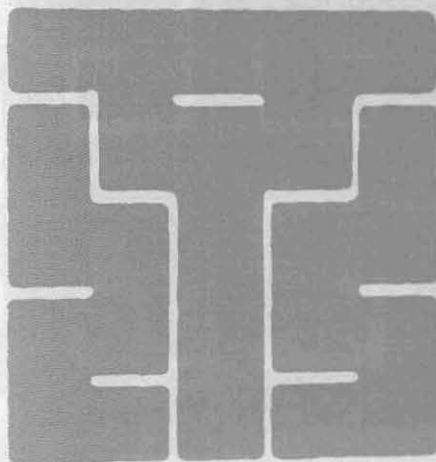
El diablo pensó varias cosas. Se le ocurrió matar el tiempo haciendo algo de jardinería. Para esto había traído diversas clases de semillas ocultas en sus orejas desde que salió de los países occidentales. El terreno se conseguiría fácilmente con los vecinos. Además, el padre Francisco estaba de acuerdo. Por supuesto pensaba que uno de los hermanos trataba de aclimatar algunas plantas medicinales del occidente.

El diablo enseguida consiguió un azadón prestado y comenzó a cultivar con paciencia un terreno al lado del camino.

Era justamente a principios de la primavera; el tiempo era húmedo. Desde el fondo de la neblina flotante, se oía el doblar de la campana, lánguida, que venía de un lejano templo

budista. El sonido de la campana era calmado; no como el de la campana de los templos occidentales que molestaba el cerebro con su sonido metálico. Uno consideraría que en tal naturaleza el diablo se sentiría muy a gusto. Pero definitivamente no fue así.

Cuando el diablo oyó la campana del templo budista, hizo muecas de mayor desagrado que cuando oía la de la iglesia de San Pablo, y empezó a regar la tierra apresuradamente. Al estar escuchando el tañido sosegado de esa campana, atolándose en la solana suave, su corazón empezaba a relajarse extrañamente. Ya no se le antojaba hacer lo bueno y tampoco le daban ganas de



hacer maldades. Así no valía la pena haber venido hasta Japón para seducir a los japoneses. La hermana de Iván había regañado al diablo por no tener callos en las palmas de las manos y es que le disgustaba mucho trabajar. ¿Por qué se puso, entonces, a azadonear con tanto entusiasmo? Era porque quería sacudir, con todas sus fuerzas, el sueño de la virtud que le iba invadiendo el cuerpo sin que lo supiera. Al cabo de unos días terminó de labrar la tierra y sembró las semillas guardadas en sus orejas.

Pasaron algunos meses y las semillas que el diablo había sembrado empezaron a brotar; crecieron los tallos, hasta que a fines de verano del mismo año,

las verdes hojas anchas cubrieron la tierra del campo, sin que nadie supiera cómo se llamaba la planta. A las preguntas del padre Francisco, el diablo se quedaba callado, sonriendo con disimulo. Mientras tanto, la planta abrió sus flores en el extremo del tallo; eran flores de color lila y tenían forma de embudo. Esto le complació tremendamente; todo su trabajo al fin valía la pena.

Cada mañana y cada tarde, después de acabar el servicio, el diablo venía al campo y se dedicaba a la jardinería.

Un día —eso fue en ausencia del padre Francisco que se había ido de viaje misional— un vendedor de vacas pasó por el campo con una vaca amarilla. Vio que en la palizada del jardín lleno de flores de color lila, un hermano occidental, de sotana negra y sombrero, recogía insectos que se pegaban a la planta. La flor llamó la atención del vendedor de vacas. Se detuvo y quitándose el sombrero le habló al hermano cortésmente:

—Oiga, padre, ¿qué flor es ésta?

El hermano volteó hacia él. Era un occidental de cabello rojo, amable, con nariz chata y ojos pequeños.

—¿Ésta?

—Sí, padre.

El pelirrojo, apoyándose a la palizada, movió la cabeza. Contestó con dificultad en japonés:

—El nombre... Lo lamento, pero no le puedo decir su nombre.

—¡Válgame Dios! ¿Acaso el padre Francisco le dijo que no lo dijera?

—No, no es así.

—Bueno, entonces, ¿por qué no me lo dice? Yo recientemente me he convertido al catolicismo, gracias a la predicación del padre Francisco.

El vendedor de vacas señaló su pecho con cara orgullosa. Una crucecita que colgaba de su pecho brillaba recibiendo el sol. El hermano hizo pequeñas muecas, quizás porque el brillo de la cruz le molestó. Pero recobró su ademán todavía más familiar que antes, y dijo así medio en broma:

—Aún así no se puede. Está prohibido por la ley de mi país. ¿Por qué no lo adivina? Como ustedes los japoneses son inteligentes, estoy seguro de que puede hacerlo. Si lo adivina, le regalaré todo lo que crece en este campo.

El vendedor de vacas creyó que el hermano estaba bromeado; sonrió con su cara quemada por el sol e inclinó la cabeza con exageración.

—Pues... Me parece un poco difícil contestar inmediatamente.

—No... no necesita ser hoy mismo. Dentro de tres días venga usted con la respuesta. Puede preguntar a otra gente. Si acierta, le regalaré todo. Aparte de eso, le obsequiaré vino tinto. ¿O le gustaría un dibujo del paraíso?

—Bueno, pero... En caso de que no pueda adivinarlo, ¿qué haré?

El diablo se rió moviendo la mano y se puso el sombrero. El vendedor se tranquilizó con la risa del hermano, aguzada como el graznido de un cuervo.

—Si no lo puede adivinar, le pediré algo. Es una apuesta. Ganar o perder. Si lo adivina, le regalaré todo.

Su voz, al decir esto, volvió a ser amistosa.

—Cómo no. Entonces, también me animaré a darle cualquier cosa que me diga usted.

—¿Cualquier cosa? ¿Aun esa vaca?

—Si la quiere, se la regalo ahora mismo.

Riéndose, el vendedor acarició la cabeza de la vaca amarilla. Todavía no dejaba de pensar que era una broma.

—En lugar de eso, cuando yo gane, le pediré todas estas plantas que tienen flores, ¿está bien?

—Muy bien, muy bien. Pues, trato hecho.

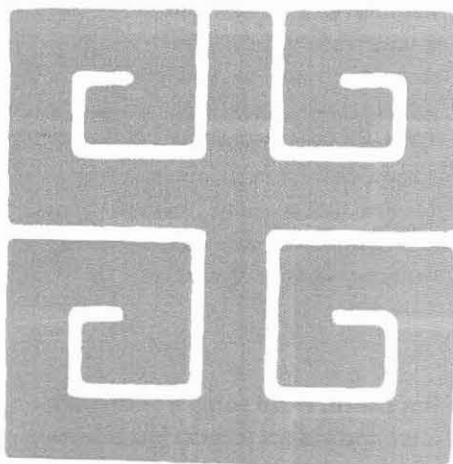
—Le juro que sí. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Al oír eso, el hermano hizo mover su nariz contento, con ojos brillantes. Y se encorvó para atrás con la mano izquierda en la cintura, y dijo tocando la flor lila con la derecha:

—Pues, si pierde usted... le pediré su cuerpo y su alma.

El occidental de cabello rojo se quitó el sombrero e hizo una exagerada genuflexión; entre los cabellos rizados tenía dos cuernos de cabra. El vendedor se puso pálido y dejó caer el sombrero que tenía en la mano. Tal vez por el sol a punto de ponerse, de repente las flores y las hojas del campo perdieron su color vivo. Hasta la vaca, quién sabe por qué, se asustó y mugió estruendosamente bajando los cuernos.

—Un compromiso es un compromiso. E indicando la flor cuyo nombre yo no puedo decirle, usted juró. No lo olvide. Tiene tres días para traer la respuesta. Entonces, hasta la vista.



El vendedor de vacas se arrepintió de haberse entregado en manos del diablo. Al final, pensó, me cogerá ese dyiabo [diablo], y si no adivino el nombre de la flor mi cuerpo y mi alma serán quemados con el feroz fuego perpetuo. Se perderá todo el esfuerzo por abandonar la religión anterior para recibir el bautizo. Sin embargo, no podía deshacer el compromiso, porque había jurado en el nombre de Jesucristo. Por supuesto, si estuviera el padre Francisco habría manera de resolver el problema; desgraciadamente estaba ausente. Así, el vendedor de vacas meditaba todas las noches sin poder dormir, por si se le ocurriera una manera para contrarrestar el plan del diablo. No

le quedaba más recurso que saber el nombre de la planta. ¿Pero habría alguien que lo conociera si hasta el padre Francisco lo ignoraba?

Por último, la noche que iba a vencer el plazo, el vendedor de vacas se metió secretamente a la casa en donde vivía el hermano. La casa estaba frente a la calle, junto al jardín. Cuando llegó, parecía que el hermano ya se había acostado, pues las ventanas estaban oscuras. Por fortuna era una noche nebulosa, a pesar de la luna. En el campo silencioso, las flores de color lila se veían tenuemente en la oscuridad desolada. En realidad el vendedor de vacas tenía un plan oculto, aunque estaba inseguro del éxito. Pero el paisaje, en su tranquilidad total, le dio un miedo vago y quería regresar a casa sin hacer nada. Sobre todo, al imaginarse al tipo con cuernos de cabra, que estaría soñando en el infierno detrás de esa puerta, el valor más grande se derrumbaba. Pero, por otra parte, si pensaba en entregar su cuerpo y alma al [dyiabo] no era el caso, naturalmente, de estar lamentándose.

El vendedor de vacas, pues, puso en práctica el audaz plan que había proyectado de antemano, suplicando el auxilio de la Virgen María. El plan fue el siguiente: desencadenó la vaca amarilla que había traído y la corrió, pegándole fuerte en el anca, hacia dentro de la palizada del jardín. La vaca saltó por el dolor del golpe y rompió la palizada y pisó el jardín, destruyendo la planta. Varias veces fue a clavar sus cuernos en la pared de madera de la casa. Además el ruido de sus pezuñas y su mugido vibraron en la niebla nocturna y resonaron escandalosamente. Entonces, alguien sacó la cara por la ventana. Debido a la oscuridad no se reconocía la cara, pero debía ser ese diablo disfrazado de hermano. Los cuernos se veían aun en la noche.

—¡Maldita bestia! ¿Por qué deshaces mi campo de tabaco?

Así gritó con voz adormilada el diablo, moviendo sus manos. Parece que

le ofendió que la vaca le hubiese despertado. El vendedor de vacas que estaba espiando la escena escondido atrás del jardín, escuchó estas palabras como si fueran la voz de Dios.
—¡Maldita bestia! ¿Por qué deshaces mi campo de tabaco?

Como cualquier cuento de esta clase, éste tiene un final feliz. Es decir, el vendedor de vacas logró adivinar el nombre del tabaco hábilmente, y venció al diablo. Y así tomó posesión de todo el tabaco que crecía en el campo.

Sin embargo, considero que quizá esta leyenda tiene un significado todavía más profundo. El diablo fracasó en poseer el cuerpo y el alma del vendedor de vacas, pero en cambio logró dis-

persar el tabaco por todos los rincones de la tierra del Japón. Entonces, la salvación del vendedor de vacas trajo consigo un mal, en tanto que el fracaso del diablo, ¿acaso no habrá traído una clase de éxito? Un diablo nunca se levanta sin ganancia, aun cuando tropiece. ¿No están los hombres frecuentemente perdidos, incluso si piensan que han rechazado una tentación?

Escribiré con brevedad lo que pasó con el diablo. En cuanto hubo llegado el padre Francisco, el diablo fue por fin expulsado. Pero parece que aún después andaba por varias partes vestido de hermano. Un documento indica que apareció a menudo en la ciudad de Kyoto por ese entonces, cuando se estableció

el Templo de Nanban. Existe la teoría que muestra que el hombre llamado Kashinkodyi, que se burló de Matsunaga Dandyo,² fue el diablo; me excuso de relatarlo aquí, puesto que el maestro Lafcadio Hearn ha escrito acerca de él. De todas maneras, en un principio aparecía a menudo pero al ser decretada la expulsión de religiosos extranjeros por los señores Toyotomi y Tokugawa, al fin desapareció definitivamente del Japón.

La documentación termina más o menos ahí y no hay más noticias del diablo. Lo único que lamento sinceramente es no haber podido averiguar nada de sus actividades después de que regresó otra vez a partir de la era de Meidiy [1868-1911].³



1 Se refiere a San Francisco Javier (1506-1552), compañero de San Ignacio y cofundador de la Compañía de Jesús, que inició las misiones del Asia en 1541 y llegó como primer evangelizador al Japón en 1549.

2 Matsunaga Dandyo (Matsunaga Jisajide, 1517-1577): Señor de guerra de la época de los países en lucha, que hizo suicidarse al último shogun Ashikaga Yoshiteru; murió en una rebelión contra el poder centralizador.